ENCICLICA "INGRAVESCENTIBUS MALIS"(*)

(29-IX-1937)

ACERCA DEL SANTO ROSARIO DE LA BEATISIMA VIRGEN

PIO PP. XI

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS 29 373

1. **Introducción.** No solamente una vez hemos afirmado —como recientemente lo hemos hecho en la *Carta Encíclica "Divini Redemptoris"*(1a)—, que a los males cada vez más graves de nuestro tiempo *no se puede dar otro remedio que el del retorno a Nuestro Señor Jesucristo* y a sus santísimos preceptos. Sólo El *tiene palabras de vida eterna*(1b); y ni los individuos ni la sociedad pueden hacer cosa alguna que pronto y miserablemente no decaiga. si dejan de parte la majestad de Dios y repudian su ley.

Mas quien estudie con diligencia los anales de la Iglesia Católica, fácilmente verá unido a todos los fastos del nombre cristiano el poderoso patrocinio de la Virgen Madre de Dios.

374

2. **María y la historia de la Iglesia.** Y en efecto, cuando los errores difundiéndose por doquiera se obstinaban en dilacerar la túnica inconsútil de la Iglesia y en perturbar el orbe católico, nuestros padres con ánimo confiado se dirigieron a aquella que *sola ha destruido todas las herejías del mundo*(2), y la victoria alcanzada por medio de ella trajo tiempos más serenos.

Y cuando el impío poder mahometano, confiando en poderosas flotas y en ejércitos aguerridos, amenazaba con la ruina y la esclavitud a los pueblos de Europa, entonces por insinuación del Sumo Pontífice se imploró fervorosamente la protección de la Madre Celestial, y los enemigos fueron derrotados y sus naves sumergidas.

Y como en las calamidades públicas así también en sus necesidades privadas, los fieles de todas las épocas se dirigieron suplicantemente a María, para que ella, tan benigna, acudiese en su socorro, impetrando alivio y remedio para los dolores del cuerpo y del alma. Y nunca fue esperada en vano su poderosa ayuda por los que la imploraron con piadosa y confiada plegaria.

3. **Los peligros del mundo moderno.** También en nuestros días amenazan a la sociedad religiosa y a la civil peligros no menores que en el tiempo pasado.

Y en realidad de verdad, porque debido a que muchos desprecian y repudian completamente la suprema y eterna autoridad de Dios que manda y prohibe, se sigue que se ha debilitado la conciencia del deber cristiano. que languidece en las almas la fe, cuando no se apaga del todo, y que se conmueven y destruyen los fundamentos mismos de la sociedad humana.

Así se ve, por una parte, a ciudadanos trabados en atroz lucha entre sí, porque los unos están colmados de copiosas riquezas y los otros en cambio deben ganar el pan para sí y para los suyos con el duro trabajo cotidiano.

Más aun, en algunas regiones, como todos saben, el mal ha llegado a tal punto que se ha querido destruir hasta el derecho privado de propiedad para

(*) A. A. S. 29 (1937) 373-380.

(1a) *Pío XI*, Enciclica *Divini Redemptoris*, 19 III-1937; AAS. 29 (1937) 65-106; en esta Colección: Enciel. 169, pág. 1482-1502.

(1b) Juan 6, 69.

(2) Del Breviario Romano.

poner en común todas las cosas. Por otra parte, no faltan hombres que declarando honrar y exaltar sobre todo el poder del Estado, diciendo que es menester asegurar por todos los medios el orden civil y reforzar la autoridad, pretenden que con eso se pueda rechazar totalmente las *execrables teorías* de los *comunistas;* mas despreciando la luz de la sabiduría evangélica, se empeñan en hacer resurgir los errores de los paganos y su tenor de vida.

375 Añadase a esto la artera y funestísima secta de los que, negando y odiando a Dios, se declaran enemigos del Eterno; se insinúan por doquiera; desacreditan y arrancan de las almas toda creencia religiosa, y conculcan en fin todo derecho divino y humano. Y mientras se mofan de la esperanza de los bienes celestiales, incitan a los hombres a conseguir, aun con medios ilícitos, una felicidad terrenal en todo y por todo mentirosa y los impulsan por lo mismo con audacia temeraria a la destrucción del orden social, suscitando desórdenes, sangrientas rebeliones y la misma conflagración de la guerra civil.

4. **Erigir la confianza en Dios.** Sin embargo, Venerables Hermanos, aun cuando males tan grandes y numerosos amenacen y se teman aún mayores para lo porvenir, es menester no desmayar ni dejar languidecer la confiada esperanza que se apoya únicamente en Dios.

El que ha concedido la salud a pueblos y naciones[3a] indudablemente no dejará perecer a los que ha redimido con su preciosa sangre, ni abandonará su Iglesia.

Antes bien, como hemos recordado al principio, interpongamos ante Dios la mediación de la Bienaventurada Virgen tan acepta a El, como quiera que, en palabra de SAN BERNARDO, *así es su voluntad* (de Dios) *el cual ha querido que todo lo consiguiésemos por medio de María*[3b].

5. **Las plegarias a María. El Santo Rosario.** Entre las varias plegarias con las cuales últimamente Nos dirigimos a la Virgen Madre de Dios, el Santo Rosario ocupa sin duda *un puesto especial y distinguido.*

Esta plegaria, que algunos llaman *Psalterio de la Virgen* o *Breviario del Evangelio y de la vida cristiana,* ha sido descrita y recomendada por Nuestro Predecesor de feliz memoria, LEÓN XIII, con estos vigorosos rasgos: *grandemente admirable es esta corona tejida con la salutación angélica, en la que se intercala la oración dominical, y se une la obligación de la meditación interior: es una manera excelente de orar... y utilísima para la consecución de la vida inmortal*[4].

Y esto se deduce también de las mismas flores con que está formada esta mística corona. Efectivamente, ¿qué 376 oraciones pueden hallarse más apropiadas y más santas?

La primera es la que el mismo Nuestro Divino Redentor pronunció cuando los discípulos le pidieron *enséñanos a orar*[5]; santísima súplica que así como nos ofrece el modo de dar gloria a Dios, en cuanto nos es dado, así también considera todas las necesidades de nuestro cuerpo y de nuestra alma. ¿Cómo puede el Padre Eterno, rogado con las palabras de su mismo Hijo, no acudir en nuestra ayuda?

La otra oración es la salutación angélica, que se inicia con el elogio del ARCÁNGEL GABRIEL y de SANTA ISABEL, y termina con la piadosísima imploración con que pedimos el auxilio de la Beatísima Virgen ahora y en la hora de nuestra muerte.

A estas invocaciones hechas de viva voz se agrega la contemplación de los sagrados misterios, que ponen ante nuestros ojos, los gozos, los dolores y los triunfos de JESUCRISTO y de su Madre, con lo que recibimos alivio y confortación en nuestros dolores, y para que, siguiendo esos santísimos ejemplos, por grados de virtud más altos, ascendamos a la felicidad de la patria celestial.

(3a) Ver Sab. 1, 14.
(3b) Serm. I in Nativ. B. M. V. nr. 7 (Migne 183, col. 441-B).
(4) Acta Leonis XIII, 1898, vol. 18, págs. 154-155; ASS. 32 (1898/99) 147; en esta Colección: Encíclica 80, 3 pág. 608.
(5) Luc. 11, 1.

Esta práctica de piedad, Venerables Hermanos, difundida admirablemente por SANTO DOMINGO no sin superior insinuación e inspiración de la Virgen Madre de Dios, es sin duda fácil a todos, aun a los indoctos y a las personas sencillas.

¡Y cuánto se apartan del camino de la verdad los que reputan esa devoción como fastidiosa fórmula repetida con monótona cantilena, y la rechazan como buena solamente para niños y mujeres!

A este propósito es de observar que tanto la piedad como el amor, aun repitiendo muchas veces las mismas palabras, no por eso repiten siempre la misma cosa, sino que siempre expresan algo nuevo, que brota del íntimo sentimiento de caridad. Además, este modo de orar tiene el perfume de la sencillez evangélica y requiere la humildad del espíritu, sin el cual, como enseña el Divino Redentor, nos es imposible la adquisición del reino celestial: *en verdad os digo que si no os hiciereis pequeños como los niños, no*
377 *entraréis en el reino de los cielos*(6).

Si nuestro siglo en su soberbia se mofa del Santo Rosario y lo rechaza, en cambio, una innumerable muchedumbre de hombres santos de toda edad y de toda condición, lo han estimado siempre, lo han rezado con gran devoción, y en todo momento lo han usado como arma poderosísima para ahuyentar a los demonios, para conservar íntegra la vida, para adquirir más fácilmente la virtud, en una palabra, para la consecución de la verdadera paz entre los hombres.

Ni faltaron hombres insignes por su doctrina y sabiduría que, aunque intensamente ocupados en el estudio y en las *investigaciones científicas,* no han dejado sin embargo un día sin rezar de rodillas y fervorosamente delante de la imagen de la Virgen en esta piadosísima forma.

Así también lo tuvieron por deber suyo reyes y príncipes aun cuando apremiados por las ocupaciones y los negocios más urgentes.

Esta mística corona se la encuentra y corre no solamente entre las manos de la gente pobre, sino que también es apreciada por ciudadanos de toda categoría social.

No queremos pasar en silencio que la misma Virgen Santísima también en nuestros tiempos ha recomendado instantemente esta manera de orar, cuando apareció y enseñó con su ejemplo esa recitación a la inocente niña en la gruta de Lourdes.

¿Por qué entonces no hemos de esperar toda gracia, si con las debidas disposiciones y santamente suplicamos de esa manera a la Madre Celestial?

Por eso deseamos asaz vivamente, Venerables Hermanos, que en modo especial en el próximo mes de octubre sea rezado el Santo Rosario con crecida devoción tanto en las iglesias como en las casas privadas.

Y más debe hacerse esto en este año, a fin de que, mediante el eficaz recurso a la Virgen Madre de Dios, los enemigos del nombre divino, esto es, todos cuantos se han levantado para renegar y vilipendiar al eterno Dios, para tender insidias a la fe católica y a la libertad debida a la Iglesia, y para rebelarse finalmente con insanos esfuerzos contra los derechos divinos y humanos para ruina y perdición de la sociedad humana, sean finalmente doblegados e inducidos a penitencia y retornen al recto sendero, confiándose a la tutela y protección de María.

6. **El Rosario es eficaz remedio contra los males presentes.** Que la Virgen 378
Santa, que un día ahuyentó victoriosa de los países cristianos la terrible secta de los albigenses, ahora invocada fervorosamente por Nosotros, haga retroceder los nuevos errores, especialmente los del *comunismo,* que recuerdan por muchos motivos y por sus muchas fechorías a los antiguos.

Y así como en los tiempos de las cruzadas se elevaba por toda Europa una sola voz, y por los pueblos una sola súplica; así también hoy, en todo

(6) Mat. 18, 3.

el mundo, en las ciudades y en las aldeas aun más pequeñas, unidos de corazón y de fuerza, con filial y constante insistencia, trátase de obtener de la gran Madre de Dios que sean vencidos los enemigos de la civilización cristiana y humana, haciendo así resplandecer ante los hombres cansados y desviados la verdadera paz.

Por tanto, si todos lo hicieren así, con las debidas disposiciones, con gran confianza y con fervorosa piedad, es de esperar que como en el pasado, así también en Nuestros días la Beatísima Virgen impetrará de su Divino Hijo que las oleadas de las actuales tempestades sean contenidas y calmadas, y que una brillante victoria corone este noble certamen de los cristianos en la plegaria.

Además, el Santo Rosario no solamente sirve mucho para vencer a los enemigos de Dios y de la Religión, sino también es un estímulo y un acicate para práctica de las virtudes evangélicas que insinúa y cultiva en nuestras almas.

Ante todo, nutre la fe católica, que se vigoriza con la oportuna meditación de los sagrados misterios y eleva las almas a las verdades que nos fueron reveladas por Dios.

Todos pueden comprender cuan saludable sea —esta práctica—, especialmente en nuestros tiempos, en los que quizás aun *entre los fieles reina cierto fastidio* por las cosas del espíritu y casi disgusto de la doctrina cristiana.

Luego reaviva la esperanza de los bienes inmortales, pues, al hacernos meditar en la última parte del Rosario, el triunfo de JESUCRISTO y de su Madre, nos muestra el cielo abierto y nos invita a la conquista de la patria eterna.

Así, mientras en el corazón de los inmortales penetra un ansia desenfrenada por las cosas de la tierra y cada vez más ardientemente los hombres se afanan por las riquezas caducas y los placeres efímeros, todos —los que rezan el Rosario— sienten un provechoso llamado hacia los tesoros celestiales, *donde el ladrón no penetra ni carcome la polilla*[7], y hacia los bienes imperecederos. 379

Y ¿cómo no se reencenderá la caridad, que ha languidecido y se ha enfriado en muchos, con un aumento de amor en el alma de los que recuerdan con corazón dolorido las torturas y la muerte de Nuestro Redentor y las aflicciones de su Madre Dolorosa?

De esta caridad hacia Dios no puede menos de brotar necesariamente un más intenso amor del prójimo con sólo que se detenga el pensamiento en los trabajos y dolores que Nuestro Señor sufrió para reintegrarnos a todos en la perdida herencia de hijos de Dios.

Por tanto, Venerables Hermanos, empeñaos en que esta práctica tan fructuosa sea cada vez más difundida, sea por todos altamente estimada y aumente la piedad común.

7. **El Rosario en familia.** Predíquense y repítanse a los fieles de toda clase social sus loas y sus ventajas por obra vuestra y por la de los sacerdotes que os ayudan en la cura de almas.

Los jóvenes saquen de ella nuevas energías con que domar los rebeldes estímulos del mal y conservar intacto y sin mancilla el candor del alma; que en ella encuentren los ancianos en sus tristes ansias reposo, alivio y paz. Para los que se dedican a la Acción Católica sea acicate que los impulse a una más fervorosa y diligente obra de apostolado; y a todos los que de alguna manera sufren, particularmente a los moribundos, dé aliento y aumente la esperanza de la felicidad eterna.

Y los padres y las madres de familia en particular sean en esto también un dechado para sus hijos, especialmente cuando, a la caída del día, se recogen después de las labores de la jornada en el hogar doméstico, recitando, ellos los primeros, arrodillados ante la imagen de la Virgen, el Santo Rosario, fundiendo en uno la voz, la fe y el sentimiento, costumbre ésta tiernísima y saludable, de la que ciertamente no puede menos de derivar a la sociedad

(7) Luc. 12, 33.

doméstica serena tranquilidad y abundancia de dones celestiales.

Por esto, cuando, como nos acaece con mucha frecuencia, recibimos en audiencia a los recién casados y les
380 dirigimos unas palabras paternales, les damos la corona del Rosario, recomendándoselo grandemente y exhortándolos, aduciendo también Nuestro ejemplo, a no dejar pasar ni un día sin rezarlo, no obstante estar agobiados por muchos cuidados y trabajos.

8. **Exhortación final.** Por estos motivos, Venerables Hermanos, hemos querido exhortar vivamente y, por vuestro medio, a todos los fieles a esta piadosa práctica; y no dudamos que escuchando, con la correspondencia que acostumbráis, Nuestra paternal invitación, reportaréis copiosos frutos.

Hay otro motivo que Nos impulsa a dirigiros esta Nuestra Encíclica. Deseamos que todos cuantos son nuestros hijos en JESUCRISTO se unan con Nos a dar gracias a la excelsa Madre de Dios por la salud que felizmente hemos recuperado.

Esta gracia, como hemos tenido ya ocasión de escribir[8]. Nos la atribuimos a la especial intercesión de la virgen de Lisieux, SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, mas es sabido que todo nos lo concede el Sumo y Omnipotente Dios por las manos de la Virgen.

Finalmente, como poco ha se lanzó por la prensa con temeraria insolencia una gravísima injuria a la Beatísima Virgen, no podemos menos de aprovechar esta ocasión para ofrecer juntamente con el Episcopado y el pueblo de aquella nación que venera a MARÍA como *Reina del Reino de Polonia,* con el homenaje de Nuestra piedad, la debida reparación a la misma Augusta Reina, y para denunciar ante el mundo entero como cosa dolorosa e indigna este sacrilegio cometido impunemente en medio de un pueblo civilizado.

Bendición Apostólica. Impartimos de todo corazón a vosotros, Venerables Hermanos, y a la grey confiada al cuidado de cada uno de vosotros, la Apostólica Bendición como auspicio de las gracias celestes y en prenda de Nuestra paternal benevolencia.

Dada en Castel Gandolfo, cerca de Roma, el día 29 del mes de Septiembre, en la fiesta de la dedicación de San Miguel Arcángel, en el año 1937, décimosexto de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XI.

(8) Véase: Carta autógrafa al Cardenal E. Pacelli, "È piaciuto", 3 de setiembre de 1937; AAS 29 (1937) 381.